

acompañan, se han hecho acreedores á la consideración de los hombres libres que os admiran, y á la de aquellos buenos dominicanos que os tributarán siempre el respetuoso homenaje de su eterna gratitud.

Con sentimientos de alta y distinguida consideración y aprecio tengo la honra de suscribirme de

V. E. atento y Seguro Servidor

Q. B. S. M.

Tomás Bobadilla (3).

(3) Bobadilla publicó unas *Observaciones sobre las notas oficiales del Plenipotenciario del Rey de España y los de la República de Hayti, sobre el reclamo y posesión de la parte del Este*. Santo Domingo, 1830, folleto de 7 pgs. escrito a dos columnas, en castellano y en francés; de 1844 datan dos folletos suyos: la *Manifestación* del 16 de enero de ese año, de la cual declaró ser el autor y de la que se hizo una nueva edición en 1847, y el *Discurso* pronunciado en la reunión del 26 de mayo, "día de la protesta de Duarte, y fecha, para el

patriotismo integérrimo —dice D. Máximo Coiscou Henríquez—, de significación más alta que el 27 de febrero". (CLIO, año 1936, núm. 22, p. 122). Acerca del discutido político véanse: Emilio Rodríguez Demorizi: *Discursos de Bobadilla*, C. T., 1938; Miguel Angel Garrido: *Siluetas*, S. D., 1902, (Hay seg. edic. de 1916); Dr. Alcides Garcías Lluberes: *Don Tomás Bobadilla*, artículo publicado en el *Listín Diario*, 27 de Febrero de 1931; Rafael C. Senior: *Tópicos Históricas*, artículo publicado en *El Esfuerzo*, S. D., 19 de Noviembre de 1933; Ramón Lugo Lovatón: *Notas sobre Don Tomás Bobadilla y Briones*, publicadas en el *Listín Diario*, 13 de Noviembre de 1933, etc. (Son capítulos de su obra en dos volúmenes Sánchez, C. T., 1947 y 1948; rico acervo acerca de Bobadilla); Max Henríquez Ureña: *Memoria de Relaciones Exteriores correspondiente a 1932*, S. D., 1933, pgs. 47, 48 y 144; Emilio Rodríguez Demorizi: *El Acta de la Separación Dominicana y el Acta de Independencia de los Estados Unidos de América*, C. T., 1943; Guido Despradel Batista: *Testimonio de limpieza de sangre de don Tomás Bobadilla y Briones*, en el B. A. G. N., núm. 24, p. 415. (Despradel Batista inició en el diario *La Nación* la publicación de una serie de cartas de Bobadilla, con acertados comentarios, que merecen ser recogidas); Máximo Coiscou Henríquez: *Historia de Santo Domingo*, C. T., 1938 y 1943, t. I y II. (Abundantes fuentes de carácter bibliográfico); Ml. Tomás Rodríguez: *Dos Temas de la Historia*, C. T., 1941. Consúltense, además, para estudiar a Bobadilla como legislador, la colección legislativa de la *Colección Trujillo*, dirigida por el licenciado M. A. Peña Batlle.—(V. A. D.)

Efemérides Dominicanas^(*)

Por ELISEO GRULLON

—III—

EL CONVENTO DE REGINA Y EL SITIO DE LOS ONCE MESES

En el año de 1855 pidió el Padre Charboneau al gobierno del general Santana, en concesión sin término fijo, el local de Regina Angelorum, con el propósito de fundar en él un colegio a cargo de las monjas de la Concepción Inmaculada, dominicanas todas, por él dirigidas.

Era Superiora de éstas Doña Manuela Calero, y la acompañaban Doña Pelegrina Ricart, Doña Ramona Cabral, Doña Florentina Ravelo, Doña Encarnación Echavarría, Doña Loreto Silverio, de Santiago, Doña Clemencia Suárez, de La Vega, y Doña Georgina Menier, de Puerto Plata. Dos años más tarde vino a formar parte de la comunidad Doña Matilde Julia, de Santiago, cuyos propósitos no pudieron realizarse por los sucesos políticos a que dió margen el sitio de los once meses.

(*) Los núms. I y II de esta serie de escritos de Grullón, pueden verse en la edición anterior de esta revista.

Durante este lapso se incautó del local el Gobierno, presidido por el señor Báez, con el propósito, que no llegó a realizarse, de establecer allí un hospital de sangre.

Entre las peripecias de esta guerra de hermanos, merece citarse el hecho de que, al salir de la ciudad, previo acuerdo con los sitiadores, un grupo de trescientas mujeres acosadas por el hambre, las recibiera en la trinchera del cementerio, como Jefe de aquella avanzada, el entonces teniente Máximo Gómez, que tanto había de distinguirse en lo sucesivo.

La Comandancia de Armas, situada en la estancia de Don Domingo de la Rocha, estaba a cargo del general Modesto Díaz, que también hubo de ilustrarse en la primera guerra de Cuba. Las fugitivas fueron acogidas por los sitiadores con gran abundancia de víveres, merced a los cuales se repusieron de las privaciones sufridas; una parte de ellas se albergaron en las estancias vecinas, especialmente en las de D. José Joaquín Machado, los Coén, Mr. Grangerard y el Padre Charboneau, siguiendo las otras a la avanzada de El Caimito, arriba de San Carlos, que estaba bajo las órdenes del general Pedro Valverde y Lara.

Allí esperaron unas y otras que sus familiares enviasen por ellas desde los pueblos del interior.

Las monjas alquilaron una casa en la calle del Tapado, hoy 19 de Marzo, para continuar en ella la comunidad, hasta cumplir sus votos, que eran temporales, o sea de cuatro años, quedando, desde luego, disuelto el colegio de hembras.

Al vencer el plazo arriba expresado, las hermanas Pelegrina Ricart (1), Ramona Antonia Cabral (2), que aún vive, y Georgina Menier, se embarcaron para continuar su vida monástica en Curazao, en donde hicieron voto perpetuo, habiéndose distinguido notablemente las dos primeras como profesoras en varias asignaturas, y la última, como maestra de labores. Más tarde se unió a ellas otra monja dominicana, doña Adelina Leyba.

Las demás tornaron a sus respectivos hogares y contrajeron matrimonio, como Doña Manuela Calero, Doña Clemencia Suárez (3), abuela de los Espailat de la Mota, Doña Florentina Ravelo y Doña Loreto Silverio.

El padre Charboneau, que era el alma de aquella fundación y visitaba sin cesar las aulas para dar calor a la enseñanza, continuó sosteniendo por algún tiempo, extramuros de la ciudad, la escuela de varones que tenía junto a la "Hermita" y el "Polvorín" (4).

(1) Murió en Curazao el 29 de marzo de 1913. Era natural de esta ciudad, hija del catalán D. Pedro Ricart y Martí y de doña María del Rosario Torres, natural de la Concepción de La Vega.—(V. A. D.)

(2) Murió en Curazao en el año 1923, siendo Superiora del colegio de la Orden religiosa a que pertenecía. Había nacido en Baní, el 6 de julio de 1837, hija de D. Melchor Cabral y Luna y de doña Agueda Figueredo.—(V. A. D.)

(3) Casó en La Vega, su ciudad natal, con D. Pablo Francisco de la Mota y Núñez (hijo de D. Francisco Mariano de la Mota y Amézquita y de doña Igenes Núñez y Fernández), y fué madre de Pablo Francisco, José, Rosa, Beatriz y Ana. Esta última fué la que casó con el filántropo D. Emiliano Espailat.—V. Dr. Guido Despradel y Batista, *Historia de la Concepción de La Vega*. La Vega, 1938, p. 340.—(V. A. D.)

(4) Acerca del Pbro. Francisco Charboneau, se expresa el canónigo licenciado Carlos Nouel en los siguientes términos: "sacerdote francés, de instrucción, de gran virtud y ejemplar humildad, y de no pequeña devoción a María Sma." Agrega que hacia el año 1852 "había empezado, como Cura de la Catedral, a difundir entre sus feligreses la devoción del mes de María, estableciendo, aunque sin gran pompa, los piadosos ejercicios con que diariamente se honra a la Madre de Dios durante ese mes (Mayo)". Esta devoción mariana, así como el establecimiento en esta Arquidiócesis Primada de América de las cofradías de "Hijas de María", a que dió esplendor más tarde en la iglesia rectoral de Regina Angelorum, de esta ciudad, el recordado Pbro. Francisco Xavier Billini, educador y filántropo, se deben al piadoso celo del Pbro. Charboneau, fundador también de la primera escuela de agricultura que existió en la República, la cual tuvo su asien-

Empero, a impulsos de la guerra, bien pronto hubo de seguir este plantel la misma suerte que el de hembras. El padre Charboneau, siempre activo, resolvió al fin traspasar la estancia de San Jerónimo a Francisco Yepes, marchando luego a Santiago como cura de aquella parroquia.

¿Quién era este Padre Charboneau, al que recordamos como ejemplar del verdadero misionero apostólico, humilde y resuelto a la vez? No nos ha sido posible determinar las circunstancias de su venida al país. Sólo hemos podido averiguar que vino en compañía de dos sacerdotes más, franceses como él, uno que fué capellán de Regina y a quien llamaban el Padre Juan, y otro llamado Padre Lagrange, que fué enviado a Neyba.

No deja de ser extraño, ciertamente, que a un extranjero tocase en suerte reanudar la tradición del convento que había albergado a las últimas monjas dominicanas y donde aún se conservaba el recuerdo de Doña Munda de Muses, que había sido novicia antes de morir la última monja, ya en los días de la Independencia.

Listín Diario N° 7249. 30 de julio de 1913.

—IV—

ACCION DE MOCA Y TOMA DE LA CAPITAL EN 1866, SEGUN RELATO DE VARIOS TESTIGOS Y ACTORES

Gobernaba la República el general Cabral como Protector. Derrocado éste por el motín de Pedro Guillermo, ejecutado al grito de viva Báez, triunfó el movimiento revolucionario, del que surgió el gobierno de aquél y toma de posesión del mismo ante la Asamblea constituyente, presidida por el Pbro. Meriño.

Dos tendencias distintas y antagónicas manifiéstanse desde entonces en la política dominicana: la una, apoyada en el fanatismo político y personificada por el caudillo aclamado, al que seguían ciegamente con sus antiguos amigos, las masas rurales de los españolizados; la otra, representada por los hombres de la Restauración, que rendían culto a un ideal patriótico y pretendían hacerle prevalecer en la organización del país.

No se hizo esperar largo tiempo sin que estallase la protesta de estos últimos contra una situa-

to en el antiguo *Polvorín*, hoy propiedad del licenciado Julio Ortega Frier, en la avenida Independencia. (Can. Lic. Carlos Nouel: *Historia Eclesiástica de la Arquidiócesis de Santo Domingo*, S. D., 1915, t. III, pgs. 55, 56, 118 y 119).—(V. A. D.)



Ya se confunden las dos filas.

Al general Luperón le matan el caballo; rápido salta a tierra, con un movimiento calculado esquiva a los que le amagan, dispara al general Salcedo y le hiere.

Al ver bambolear a su jefe, las tropas enemigas se detienen; cunde la alarma entre sus filas y, desmoralizadas se dispersan, dirigiéndose en tropel las partidas al pueblo, por donde cruzan, gritando en su despecho: "Maten los presos, maten los presos".

Tal intimación no fué obedecida por el jefe de la guardia. Este oficial humanitario, lejos de seguir el consejo de los derrotados, licenció la guardia y cerró las puertas de la cárcel, las que no fueron abiertas sino más tarde por los presos, al cesar el fuego y saberse que el general Luperón se hallaba ya en la plaza. El dicho oficial llamábase José Brache.

Al general Pimentel lo habían encerrado en un local aparte, poniéndole grillos en los pies. Durante el combate el presbítero Moreno del Cristo, que había entrado sin dificultad a la población, manteníase vigilando las dos prisiones, con el fin de evitar que sacrificaran a los presos, mas al acercarse el momento supremo, revestido como se hallaba de sobrepelliz y estola, apoderóse del prisionero y lo trasladó a la iglesia, salvándole así, al parecer, de una muerte segura. El cura de la parroquia habíase retirado al campo.

Al entrar en la plaza el vencedor, dirígese precipitadamente a la iglesia en busca del prisionero, a quien hace quitar los grillos. Seguidamente proclama garantías para los vencidos y se ocupa en hacer traer al pueblo al general J. de J. Salcedo, enviándole médico y medicinas y cuanto pudiera necesitar para salvar su vida.

El mismo día a las 4 de la tarde, después de haber nombrado comandante de la plaza al general Eugenio Valerio, dispone regresar a Santiago, acompañado del rescatado prisionero y de los respectivos Estados Mayores, lo que efectúan sin ser hostilizados en su marcha.

Los sucesos de Moca modificaron profundamente la actitud del general Pimentel con respecto al gobierno, desligándole de todo nexo de compañerismo con el presidente Báez. Era aquel un hatero acomodado de la Línea, hombre de carácter resuelto y radical, audaz en sus resoluciones, de un valor temerario que no excluía ni la malicia ni la maldad, por lo que sobresalía como guerrillero; además, presumido,

desconfiado y, sobre todo, vengativo. No es, pues, de extrañar que hiciese responsable al jefe del gobierno de las ofensas que le infirieron sus partidarios de Moca.

Por lo demás, la situación del Cibao presentábase incierta y oscura. Luperón hubo de salir para Puerto Plata, con el objeto de asegurar su viejo baluarte. Santiago, con los campos vecinos levantados, apoyados por tropas de la Línea, veíase rodeado de enemigos. Empero, allí estaba el general Federico de J. García. Este adalid, dotado de ese valor temerario y brillante que parece desconocer el peligro y a veces encadena la victoria, sale con el batallón de guarnición en el fuerte, rompe el cerco que estrechaba la ciudad, desbanda a los sitiadores en la *Otra Banda* y despeja por aquel entonces la situación. Al favor de aquella victoria los generales Manuel González y José Barriento se pasan al campo de los defensores de la ciudad, atraídos por la simpatía personal de que goza el caudillo, como si fuese lícito anteponer los afectos privados al deber de la consecuencia política.

En tales momentos resuelve el general Pimentel dirigirse a marchas forzadas sobre la capital, dejando la ciudad a cargo del general García y del veterano general Valverde. Al salir expresa su pensamiento en esta forma gráfica: "Voy, dice, a matar la culebra dándole por la cabeza".

Antes de llegar a la Isabela encuentra al general Manzueta con un cantón emplazado en Casa-Mancebo, se incorporan algunos de los alzados y sigue su marcha sobre San Carlos, desechando las guardias del gobierno, situadas en Sta. Cruz. Desde el Caimito dirige, por medio de su secretario, el general Belisario Curiel, una nota al Comandante de Armas en que le pide la entrega de la plaza; y sin esperar respuesta, entra a la población detrás de su expreso y se apodera de la Comandancia, a tiempo que aquél se enteraba de la comunicación. Allí recibe la noticia de haberse pronunciado desde Baní en favor del movimiento los generales Guzmán y Rincón, quienes habían salido con tropas del gobierno a operar en el Sur.

La noticia de la toma de San Carlos causó verdadero pánico en la capital. Muchos de los simpatizadores de la causa pasáronse a sus filas y pocas horas después el núcleo que rodeaba al caudillo excedía de 200 hombres.

A poco salía en comisión el joven Amable Damián con un pliego dirigido al presidente Báez, intimándole la rendición de la plaza dentro de las 24 ho-

ras. En la puerta del Conde, ocupada por fuerzas del gobierno, únesele D. Francisco Saviñón y lo acompaña hasta el palacio de la plaza de la Catedral, morada del presidente.

Entregado y leído el pliego, aquél manifiesta su desagrado exclamando: "Lo sensible es que esta exigencia de entregar la plaza me la haga un hombre de *paraguas colorado*, a mí, que he sostenido ahí durante once meses a todo un general Santana!"

El mensajero replica con serenidad a aquellos desahogos, a tiempo que interviene el ministro Gautier, llamando privadamente al portador del pliego e inquiriendo el número de tropas con que habían entrado a San Carlos los revolucionarios. Aquel contestó enunciando el número que ya hemos citado; pero agregó que detrás venía una fuerza numerosa al mando del general Manuel Rodríguez (a) el Chivo, además de los muchos jóvenes que habían salido de la ciudad para engrosar las filas de los expedicionarios, a lo que contestó el ministro, con ademán significativo: "Ya se lo he dicho a Ventura, que no debe contar con nadie".

Al retirarse Gautier volvió el presidente, ya más tranquilo, y entre otras cosas manifestó el propósito de abdicar, embarcándose esa misma noche, mas no sin advertir a los presentes que él tenía aún elementos suficientes para defenderse en caso de ser atacado (aludía a dos piezas de artillería colocadas frente al palacio), y que, con el objeto de evitar desórdenes, debía verse el comisionado con los generales Tomás Bobadilla, J. E. Ariza y Manuel Ma. Castillo, presuntos jefes del movimiento en la capital.

Así lo hizo el mensajero, expresando a los fi- chos la disposición del presidente a embarcarse esa misma noche y recomendándoles mantuviesen el orden para evitar que se derramase sangre. También había pedido el mismo, en virtud de las instrucciones

recibidas, la libertad de los muchos ciudadanos detenidos en la Torre del Homenaje, los que fueron ex-carcelados esa misma tarde, siendo así devueltos a la libertad los señores José G. García, Mariano Cestero, Emiliano Tejera, Juan B. Zafra, Wenceslao Alvarez y Francisco G. Billini.

Todo intento de resistencia quedó paralizado por la divulgación de lo ocurrido en el palacio, y el mensajero pudo volver al campamento a dar cuenta de su misión.

De conformidad con lo ofrecido, a las 10 de la noche bajaba el presidente por El Tanque con el propósito de embarcarse; pero una guardia allí situada por autoridad subalterna habíase apoderado del bote en que debía verificarse dicho embarque. Esta circunstancia fué comunicada a aquél por uno de los amigos que le acompañaban a última hora, el general J. E. Aybar, quien le indujo a asilarse, en vista de que "le habían quitado el bote".

Así lo ejecutó el mandatario caído, refugiándose en la casa ocupada por el Cónsul francés, Mr. Marión Landais, conocida con el nombre "de los dos cañones", en donde uniósele a poco el general Valentín R. Báez, ex-gobernador de Azua.

Hasta allí siguió la saña rencorosa del ex-ministro de lo Interior. Repetidas veces manifestó su propósito de extraer del Consulado al ex-presidente asilado, aún cuando tuviese después que dar satisfacción por el agravio; y fué preciso que D. Juan N. Tejera, uno de los miembros de la junta gubernativa que se había formado a la entrada de Pimentel, le hablase en términos enérgicos, para que desistiese de su descabellado intento.

Así terminaron los sucesos a que dió lugar la toma de la capital en 1866, la que no fué sino una de tantas aventuras con que coronó la suerte el valor y arrojo de aquel soldado de fortuna.

Listín Diario, N° 7255. 6 de agosto de 1913.

